

Pérez Martínez, Ángel (2012). *El Quijote y su idea de virtud*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 280 pp., ISBN: 978-84-00-09562-8

El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha muestra una vez más ser una novela inagotable tanto para la lectura como para la crítica, pues un lector atento como Ángel Pérez Martínez formado en la Filología y en la Filosofía nos entrega una nueva manera de acercarnos a la novela cervantina. Con *El Quijote y su idea de virtud*, Pérez muestra una vez más su fino y agudo análisis para trabajar una novela que ha sido abordada desde tantas perspectivas. Ya nos parecía que su entrega anterior *El buen juicio en El Quijote* era una reflexión inteligente y ahora con sus nuevas indagaciones nos muestra su habilidad para innovar que, en el caso de la crítica cervantina, es difícil.

La intención del trabajo queda descrita en la primera oración del trabajo: “analizar el concepto de virtud en *El Quijote*”. Su propósito es especialmente válido, pues no pretende encasillar la novela cervantina en un tipo de estructura previa, sino más bien “interpretar lo que en *El Quijote* se dice y se realiza sobre estos temas”.

La elección del tema –según propias declaraciones– obedece, en primer lugar, a que “la acción que el personaje desarrolla se puede interpretar en el sentido de la praxis aristotélica; es decir, en la línea de su propia perfección personal”. En segundo lugar, a la estrecha vinculación entre la idea de virtud y las nociones éticas y conocer así el código moral de la época. Finalmente, es importante para Ángel Pérez abonar en el debate sobre la virtud en nuestra época.

La estructura del libro es clara: el primer capítulo está dedicado a la virtud y los cuatro siguientes a las llamadas “virtudes cardinales”: prudencia, justicia, fortaleza y templanza.

La idea de virtud debe ser abordada a partir del pensamiento griego y del movimiento del personaje hacia el ideal de perfección: “La virtud o areté apuntaba hacia la concepción de la conquista del propio dominio personal, del señorío sobre uno mismo”. En este primer capítulo, la aproximación a la idea de virtud se realiza desde la filosofía. Así los presupuestos platónicos contenidos fundamentalmente en *La República*, *Menón*, *Protágoras*; y los aristotélicos, en *Ética Nicomaquea* se entremezclan con los postulados de Werner Jaeger, R.E. Curtius, E. Auerbach, J.A. Maravall y C. Morón y, por supuesto, con ingentes ejemplos tomados de *El Quijote*.

La idea platónica de virtud se vincula con lo bueno y poseer el todo que representa la virtud es también poseer cada una de sus partes y así llegar a la noción de excelencia. Pérez señala, además, que debemos a Platón la codificación de las que luego serían llamadas virtudes cardinales. Mientras que la virtud aristotélica se bifurca en dos grupos: las virtudes morales y las intelectuales.

Las ideas griegas son desarrolladas por Jaeger quien señala como clave de la pedagogía helena el concepto de Areté tanto en su vertiente física como espiritual, “dicha palabra no solo se refería a la formación del ideal humano en un sentido educador, sino que apuntaba al heroísmo como una clave de las cotas más altas de la existencia”. Ese es el concepto que mejor se adapta al ideal caballeresco representado por Alonso Quijano quien es el heredero del tema prototípico de la épica medieval descendiente de la épica griega. Para precisar esta vinculación, Pérez presenta los pasajes en los que el Caballero de la triste figura se refiere a los héroes griegos: Aquiles, Ulises, Héctor, Orestes.

La valentía, la sabiduría, el honor, la búsqueda de la belleza en su dimensión trascendente, el sentido del deber tan arraigado en Alonso Quijano configuran a ese ser que se ha esforzado por ser famoso y modélico, hasta casi convertirse en el arquetipo de la virtud misma. Tal postura vital trae consigo una honda impronta social que unida al pensamiento cristiano, que introduce innovaciones fundamentales sobre la idea del hombre y del cosmos, permite construir ese ser creado a imagen y semejanza de Dios. Tanto es así que Sancho Panza sugiere al Quijote convertirse en santos para alcanzar con mayor celeridad la fama (*Don Quijote* II- Cap. 8, p.691.3). Don Quijote responde a ello que su religión es la caballería, ese es su camino hacia la santidad.

Pérez asegura que Cervantes nos propone una “exploración sobre la condición humana a manera de un ensayo en acto, una especie de epistemología existencial y narrativa”. Asimismo, llama la atención sobre el hecho de que *El Quijote* es la historia del héroe equivocado, aquel que siempre yerra y lo hace desde las dimensiones más profundas de lo humano: visión de la realidad y de sí mismo, que no hubiera sido posible en una cultura sin los desarrollos sobre la virtud aportados por el mundo griego y el cristianismo.

Para cerrar este capítulo, Pérez presenta a las virtudes que desarrollará en los capítulos siguientes y asegura que “las virtudes cardinales son aquellas que se adquieren mediante las fuerzas naturales y las teologales se refieren directamente a Dios”. Al ser *El Quijote* una obra de carácter secular, la búsqueda del caballero estará más vinculada con el examen de las virtudes naturales, aquellas que están desconectadas de la trascendencia. Sin embargo,

eso no impide que veamos al caballero de la triste figura también como un caballero cristiano.

El segundo capítulo está dedicado a la idea de prudencia, también llamada buen juicio, presencia de espíritu, sagacidad, sabiduría y con un conjunto de palabras contiguas: discreción, sensatez, cordura que calzan a la perfección con un caballero que “procura ser justo y prudente, templarse en los combates, defender a los humildes, amar fielmente a una sola señora... parece que relaciona su conocimiento de la realidad con miras a una acción efectiva, lo cual está precisamente vinculado con la prudencia”.

Según Ángel Pérez, la prudencia se halla presente como una constante en la novela dentro de la tensión entre locura (literaria, no patológica) y cordura. La palabra ‘prudencia’ y sus derivados: ‘prudente’ y ‘prudentísimo’ y las palabras asociadas al concepto: ‘discreción’, ‘entendimiento’, ‘sabiduría’ y ‘razón’ se encuentran en ingentes cantidades en las dos partes de la novela cervantina.

A la idea de prudencia se contraponen la gran imprudencia: leer indiscriminadamente novelas de caballería que hacen perder el juicio a Alonso Quijano y lo convierten en don Quijote de la Mancha. Asimismo, se contraponen también la prudencia de Sancho Panza, basada en la percepción de los sentidos, a la prudencia imperfecta originada por el engaño a los ojos de los trastocados sentidos del caballero de la triste figura.

El tercer capítulo está dedicado a la idea de justicia: “Don Quijote, el hombre loco que sale a camppear caballeramente, es un enamorado de la justicia”. La búsqueda de justicia en este mundo pareciera ser patrimonio de incomprensidos y señalados como desequilibrados; por tanto, don Quijote calza perfectamente con el paradigma.

Para fijar el concepto de justicia, Pérez se remonta a las nociones asociadas a la idea de justicia de los griegos: la armonía, la igualdad, proporción, consecución del bien y condición previa para la felicidad; y valorada por los romanos como ayuda eficaz para tranquilizar los espíritus, y querida por sí misma y por el placer que produce, requisito indispensable para la convivencia social. “Los griegos y romanos realizaron enormes aportes al desarrollo del sentido de la justicia, los primeros acentuando la reflexión y los segundos construyendo un sistema práctico de convivencia social”. Luego, el pensamiento cristiano potencia el concepto. Así, San Agustín lo vincula con el orden general y precisa que sin el amor, la justicia sería imposible. Además, la justicia se enriquece con la misericordia y, en el Nuevo testamento, se vin-

cula con el hombre fiel, equitativo, verdadero, honrado, correcto, civilizado, hospitalario, observador de las costumbres y las reglas. "El justo es íntegro y esa condición no es una categoría lograda de manera inmanente, sino que es otorgada por Dios". La perspectiva cristiana se enriquece con el humanismo y con la tradición jesuítica, sobre todo la de Alonso Rodríguez quien escribió *Ejercicio de perfección y virtudes cristianas*, obra que Pérez vincula estrechamente con las ideas de Cervantes sobre el tema.

Todas las ideas anteriores se comparan con aquella que aparece en *El Quijote* aplicada a un personaje loco e imaginativo que busca vivir en un mundo donde la justicia prevalezca.

Don Quijote se convierte en un agente de justicia, una suerte de *iuris prudens*, que quiere dar a cada uno lo suyo. Sin embargo, la justicia se halla profundamente unida a la capacidad de raciocinio y ese es el problema del caballero andante cervantino. Don Quijote trasmuta la realidad y confunde los contextos, de ahí la tergiversación de la justicia como se ve en el episodio de los galeotes.

El cuarto capítulo está dedicado a la idea de fortaleza, idea que se encuentra en la novela cervantina de forma paradójica -según asegura Pérez- pues Cervantes construye un personaje lleno de fragilidades: en lo físico, en lo psicológico, en lo espiritual; sin embargo, don Quijote se siente fuerte: cree en la realidad de su fuerte brazo capaz de enfrentar gigantes armados, por ejemplo. La fortaleza y el valor son condiciones indispensables para el ejercicio de la caballería. Don Quijote se siente así, pero en realidad, no ostenta esas condiciones, tiene más bien ingenio, característica propia de los letrados y no de los caballeros.

En general, históricamente, la fortaleza es una condición ligada a lo exterior, a los varones y a una edad determinada: la juventud que trae consigo el vigor viril; sin embargo, Aristóteles la relacionará con "la dimensión interior diciendo que el hombre fuerte es un hombre de corazón. El Estagirita coloca esta idea en una posición intermedia entre el temor y la temeridad". Así, la osadía que presenta la novela cervantina es aquella que mira a la muerte como posibilidad. Como en el caso de las virtudes ya antes mencionadas, la influencia del cristianismo es determinante en la presentación del concepto en la novela cervantina: la fortaleza viene de Dios y se obtiene por medio de la confianza. En *El Quijote*, la palabra aparece asociada al vigor y al esfuerzo y es una condición tanto externa: la caballería y el valor, todas las aventuras del Quijote son pruebas de fortaleza; como interna: la fortaleza espiritual de la que hace gala en repetidas oportunidades el Caballero de la triste figura.

El capítulo final se dedica a la idea de la templanza, última de las virtudes cardinales. “Es el dominio de los sentidos mediante la razón”. ¿De qué manera podría manifestarse en don Quijote si es la imagen misma de la locura? Según Pérez, “la templanza debe entenderse en un doble sentido: el primero está circunscrito a la austeridad en lo corporal” y “el segundo sentido es más amplio y está ligado con el concepto griego de *soprhosyne* que significa la moderación que la razón impone en toda acción y es, precisamente, un tipo de cordura, el justo medio”. Esta virtud, históricamente vinculada con el apetito concupiscible, también se vincula con las ideas de orden y regularidad. Aristóteles la aborda como moderación. Santo Tomás la vincula con la abstinencia, la sobriedad y la virginidad y estas son las ideas que pueden observarse en la novela. Así, el amor que don Quijote siente por Dulcinea es casto, una fidelidad interior que comprueba el bachiller Sansón Carrasco. La abstinencia no solo se refiere a la sexualidad, don Quijote es manso de actitud y frugal en su alimentación. Alonso Quijano es lo opuesto a la arrogancia y al exceso, su norte es la moderación y hasta la mortificación.

Finalmente, podemos asegurar que el objetivo anunciado en la primera oración del libro: analizar el concepto de virtud en el Quijote se cumple a cabalidad. El recorrido por las virtudes cardinales al que Ángel Pérez Martínez nos invita a atravesar resulta gratificante.

Inteligente, intuitivo y de cuidadísima prosa *El Quijote y su idea de virtud* se convierte en un libro fundamental en la copiosa bibliografía cervantina. Mientras se escriban libros como este, don Quijote seguirá cabalgando.

MARTINA VINATEA RECOBA

Universidad del Pacífico
vinatea_rm@up.edu.pe